

 MESTAS EDICIONES

LOS MEJORES CUENTOS DE
MISTERIO

Poe, Defoe, Chéjov, Quiroga, Maupassant, Dickens...



LOS MEJORES CUENTOS DE MISTERIO

VARIOS AUTORES

Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<https://www.facebook.com/MestasEdiciones>

<https://twitter.com/MestasEdiciones>

© Traducción: María Elena Sanz Sanabria

Correcciones: Pablo R. Nogueras

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock: Mopic

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

e-ISBN: 9788417782641

© 2020, edición digital Primento y Mestas ediciones

Este libro fue realizado por Primento, el socio digital de los editores

INTRODUCCIÓN

La vida es misterio. Desde que el hombre tiene uso de razón siempre ha intentado descubrir la razón última de su existencia, el porqué de las cosas y la vida, y siempre se ha encontrado con elementos faltantes, piezas que no acaban de encajar y nuevos misterios que florecen después de cada pequeño hallazgo. Eso es algo que nos mantiene vivos, alerta, con ganas de seguir leyendo la novela de nuestros días en la tierra, con la esperanza de que al final, tarde o temprano, hallaremos la pista que nos revelará todos y cada uno de los enigmas que faltan por revelar.

Quizá por esa búsqueda constante, por ese querer resolver un misterio inherente a nosotros mismos, por esa lucha por la verdad (y descubrir con ella quiénes somos realmente), quizá por todo ello y por otros muchos aspectos que forman parte de las raíces más profundas del ser humano, nos gustan los relatos, novelas o películas de misterio. Sí, quizá con cada caso resuelto, con cada enigma develado nos sentimos más aliviados, más cercanos a las respuestas existenciales, más completos y seguros de nosotros mismos. Quizá. Porque lo cierto es que esos relatos, novelas y películas beben de la vida. Son un reflejo de nuestras dudas y sentimientos, y su último fin no son el mero entretenimiento (aunque esta sea una de sus mayores virtudes), sino el aprendizaje. Aprender a ver más allá de lo que se ve a simple vista. Aprender a no desfallecer ante los contratiempos. Aprender a buscar la victoria siempre, más allá de las circunstancias.

En el libro que tienes en tus manos leerás relatos que te atraparán desde la primera página. Historias que consigui-

rán mantenerte en vilo en todo momento y que te ayudarán a resolver, en cierta medida, el gran misterio de tu vida. Puzzles donde tendrás la sensación de que faltan piezas, que nada encaja y todo está ordenado en un caos irracional del cual no puedes descubrir el sentido. Sin embargo, en estas narraciones, como en la vida, al final todo encaja, aunque parezca imposible... y ¡todo tiene sentido! Tanto la vida como este tipo de cuentos son una sorpresa constante que no deja de cautivarte. Uno cuando termina de leer no puede sino exclamar un: «¡Eureka! ¡Lo resolví! Y estaba delante de mis narices todo este tiempo, ¿cómo no pude verlo antes?»

Aquí encontrarás obras maestras del género como son «Carbunco azul», «El guardavías», «El barril de amontillado» o «Un médico rural», por poner algunos ejemplos de las maravillas que contienen estas páginas. A la vez que podrás disfrutar de los grandes autores del género, como son Arthur Conan Doyle, Guy de Maupassant, Charles Dickens, Horacio Quiroga, Kafka, Wilkie Collins, Lugones, Apollinaire, Daniel Defoe, o los máximos exponentes del relato corto como son Edgar Allan Poe, Saki o el extraordinario Antón Chéjov.

Esperamos que los disfrutes y aprendas tanto como nosotros hemos disfrutado y aprendido, leyendo y leyendo, una y otra vez, estos cuentos que no dejan de sorprendernos y fascinarnos.

El editor

EL BARRIL DE AMONTILLADO

EDGAR ALLAN POE

(1809 – 1949)

Había soportado de la mejor manera posible las mil ofensas de Fortunato. Pero cuando llegó al insulto, juré que me vengaría. No obstante, ustedes que conocen tan bien la naturaleza de mi carácter, no podrán suponer, que pronunciara la menor amenaza respecto a mi propósito. A la larga, me vengaría. Esto ya estaba decidido definitivamente. Pero esa misma decisión con que lo había determinado excluía toda clase de riesgo por mi parte. No solo tenía que castigar, sino además castigar impunemente. Un agravio se queda sin reparar cuando su justo castigo perjudica al vengador. También queda sin reparación cuando el vengador no es capaz de mostrarse como tal a aquel que lo ha ofendido.

Es preciso que entiendan bien que ni de obra, ni de palabra, di motivo a Fortunato para que dudara de mi buena disposición hacia él. Continué, como siempre, sonriendo en su presencia, y él no podía advertir que mi sonrisa, entonces, emanaba de la idea de quitarle la vida.

Fortunato tenía un punto débil, aunque, en otros aspectos, era un hombre digno de la mayor consideración, e incluso de temer. Siempre se vanagloriaba de ser un experto en materia de vinos. Pocos italianos poseen el talento verdadero de los catadores. En su mayoría, el entusiasmo que demuestran se adapta con frecuencia a lo que requieren la ocasión y el tiempo, a fin de poder engañar a los millonarios ingleses y austríacos. Respecto a pintura y alhajas, Fortunato, como la mayoría de sus compatriotas, era un verda-

dero impostor, pero en lo tocante a vinos añejos, se mostraba sincero. Yo no difería mucho de él, en este sentido. También era experto en lo que se refiere a vinos italianos, y compraba gran cantidad de ellos siempre que podía.

Cierta tarde, al anochecer, en plena locura de Carnaval, me encontré a mi amigo. Se me acercó con una excesiva cordialidad, porque ya había bebido demasiado. El buen hombre parecía disfrazado de bufón; llevaba un traje muy ajustado, con rayas de colores, y coronaba su cabeza con un gorro en forma de cono adornado de cascabeles. Me sentí tan alegre por verle, que me pareció no haber estrechado nunca su mano como en aquel momento.

—Mi querido Fortunato —le dije en un tono jocoso—, ¡este es un afortunado encuentro! ¡Qué buen aspecto tienes hoy! El caso es que acabo de recibir un barril de vino de algo que llaman amontillado, aunque tengo mis dudas.

—¿Cómo? —exclamó él—. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno Carnaval...!

—Por eso mismo te digo que tengo mis dudas —insistí—, e iba a cometer la estupidez de pagar un precio como si se tratara de un amontillado exquisito, sin antes consultarte. No había modo de encontrarte, y temía perder una buena oportunidad.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y pretendo salir de ellas.

—¡Amontillado!

—Pero como supuse que estabas muy ocupado, me iba ahora a buscar a Luchesi. Él tiene un buen paladar. Él me dirá...

—Luchesi es incapaz de distinguir el buen amontillado del jerez.

—Y, sin embargo, hay memos que creen que su paladar puede competir con el tuyo.

—Ven, vamos allá.

—¿Adónde?

—A tu bodega.

—No, mi querido amigo. No quiero aprovecharme de tu amabilidad. Intuyo que tienes algún compromiso, y Luchesi...

—No tengo compromiso alguno. Vamos.

—No, amigo mío. Aunque no tengas compromiso alguno, noto que tienes mucho frío. Las bodegas son terriblemente húmedas y están prácticamente cubiertas de salitre.

—Vamos a pesar de todo. No me importa el frío. ¡Amontillado! Te han engañado, y Luchesi no es capaz de distinguir el jerez del amontillado.

Al decir esto, Fortunato me cogió del brazo. Me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome mi *roquelaire*[1] al cuerpo, me dejé conducir por él hacia mi *palazzo*[2]. Los criados ya no estaban en la casa; se habían ausentado para celebrar el Carnaval. Ya les había comentado antes que no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes muy concretas para que no molestaran por la casa. Ya conocía yo de sobra que estas órdenes eran suficientes para asegurarme su inmediata desaparición en cuanto les volviera las espaldas.

Saqué dos antorchas de sus hacheros, le entregué a Fortunato una de ellas y le conduje, obligándole a encorvarse, a través de distintas habitaciones por el abovedado camino que conducía hasta la bodega. Descendí delante de él una larga y tortuosa escalera de caracol, recomendándole que bajara con precauciones. Al fin llegamos a los últimos peldaños, y nos encontramos, uno frente a otro, juntos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de los Montresors.

Mi amigo andaba con paso vacilante, y los cascabeles de su cónico gorro tintineaban con cada una de sus zancadas.

—¿Y el barril? —me preguntó.

—Está más adelante—le contesté—. Pero contempla esas blancas telarañas que brillan en las paredes de la caverna.

Se volvió hacia mí y me miró con sus ojos nublados, destilando las lágrimas de su embriaguez.

—¿Salitre? —me preguntó, al fin.

—Salitre —contesté—. ¿Desde cuándo padeces esos tos?

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...

Debido a este violento acceso, a mi pobre amigo le fue imposible contestarme hasta que transcurrieron varios minutos.

—No es nada —dijo por fin.

—Vamos —le dije con energía—. Volvémonos; tu salud es preciosa, amigo mío. Eres rico, respetado, admirado y querido. Eres tan feliz como yo lo fui en otro tiempo. No debes malograrte, lamentarían tu desaparición. En mi caso, es distinto. Volvémonos. Podrías enfermarte y no quiero cargar con tal responsabilidad. Además, cerca de aquí está Luchesi...

—¡Basta! —me dijo—. Esta tos no tiene importancia y no me matará. No me voy a morir por una tos.

—Es verdad, no será así —le contesté—. Realmente, no quería alarmarte sin motivo, pero se deben tomar precauciones. Un trago de este Medoc[3] nos protegerá de la humedad.

Y al decir esto, rompí el cuello de una botella que se hallaba en una larga fila con otras parecidas, tumbadas en el húmedo suelo.

—Bebe —dije, ofreciéndole el vino.

Se llevó la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me hizo un gesto familiar. Sus cascabeles tintinearón.

—Brindo —dijo— por la salud de los enterrados que descansan a nuestro alrededor.

—Y yo, por la larga vida que te deseo.

De nuevo me cogió el brazo y continuamos adelante.

—Esas criptas —me dijo— son enormes.

—Los Montresors —le contesté— fueron una distinguida y numerosa familia.

—He olvidado cuáles fueron sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azur; el pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en su talón.

—¡Qué bien! —dijo. ¿Y el lema?

—Nemo me inpune lacessit.[4]

—¡Muy bien! —dijo otra vez.

Brillaba el vino en sus ojos y tintineaban los cascabeles. También se estimuló mi fantasía debido al Medoc.

Entre aquellas murallas formadas por montones de esqueletos, apilados junto a barriles y toneles, llegamos a las estancias más profundas de las catacumbas.

Me detuve una vez más, y esta vez me atreví a coger a Fortunato del brazo, por encima del codo.

—Mira el salitre cómo va aumentando —le dije—. Como si fuera moho, cuelga de las criptas. Ahora nos encontramos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran entre los huesos... Ven. Volvamos antes de que sea demasiado tarde. Esa tos...

—No es nada —dijo Fortunato—. Sigamos adelante. Pero antes echemos otro traguito de Medoc.

Rompí el cuello de una botella de vino de De Grâve y se lo ofrecí. Lo vació de un trago y sus ojos se llenaron de un ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un gesto que no llegué a comprender.

Le miré muy sorprendido. Repitió aquel movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprendes? —preguntó.

—No —contesté.

—Entonces, ¿no eres de la hermandad?

—¿Cómo?

—¿No perteneces a la masonería?

—¡Oh, sí! —dije—; sí, sí.

—¿Tú? ¡Imposible! ¿Un masón?

—Un masón —le insistí.

—A ver, haz un signo —dijo.

—Este —le contesté, sacando entre los pliegues de mi *roquelaire* una pala de albañil.

—Estás bromeando—dijo, y retrocedió unos pasos—. Pero, en fin, vamos a ver ese amontillado.

—Bien —le dije, guardando la pala bajo la capa y ofreciéndole otra vez mi brazo. Se apoyó pesadamente en él y continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos por debajo de una serie de arcos muy bajos, bajamos, avanzamos algo, descendimos otra vez y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire viciado hacía que nuestras antorchas dejaran de brillar y alumbraran apenas.

En lo más apartado de la cripta se vislumbraba otra aún menos espaciosa. Contra sus paredes habían sido alineados restos humanos que ascendían hasta la bóveda, tal como puede contemplarse en las grandes catacumbas de París.

Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados de la misma manera. Del cuarto se habían desplomado los huesos y estaban esparcidos por el suelo, formando en un rincón un amontonamiento de cierta altura. Dentro del muro, que quedaba así descubierto por el desprendimiento de los huesos, aún se veía otro recinto interior, de unos cuatro pies de profundidad y unos tres de anchura, y con una altura de alrededor de seis o siete. No se había construido para un uso determinado, sino que solo formaba un hueco entre dos de los gigantescos pilares que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, apoyándose en una de las paredes de granito macizo que las rodeaban.

Inútilmente, Fortunato, alzando su antorcha casi consumida, trataba de ver la profundidad de aquel nicho. Pero la débil luz nos impedía distinguir el fondo.

—Adelántate —le dije—. Ahí está el amontillado. Si estuviera Luchesi...

—Luchesi es un ignorante —interrumpió mi amigo, mientras avanzaba dando tumbos, seguido por mí pegado a sus talones.

En un segundo llegó al fondo del nicho, y, al ver interrumpido su paso por una roca, se detuvo perplejo. Un momento más tarde, yo había conseguido encadenarlo al granito. Había en la roca dos argollas de hierro, separadas horizontalmente entre sí por unos dos pies. De la primera de ellas colgaba una cadena corta y de la otra un candado. Rodear su cintura con los eslabones para poder sujetarlo fue un trabajo rápido. Estaba demasiado aturdido para resistirse.

Extraje la llave y retrocedí, saliendo del nicho.

—Pasa la mano por la pared —le dije—, y notarás el salitre. Hay mucha humedad. Permítame que le ruegue una vez más que regrese. ¿No? Pues entonces, no me queda más remedio que abandonarlo; pero antes debo prestarle todos los cuidados que estén en mi mano.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, que no había vuelto aún de su asombro.

—Es cierto —contesté—, el amontillado.

Y diciendo estas palabras, fui hasta aquel montón de huesos del que antes he hablado. Apartándolos a un lado no tardé en poner al descubierto una cantidad de piedras de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi pala de albañil, comencé con brío a cerrar la entrada del nicho.

Apenas había colocado la primera hilera de mi obra de albañilería, cuando advertí que la borrachera de Fortunato se había disipado en buena parte. El primer indicio que tuve fue un gemido profundo que venía de lo más hondo del nicho. No era el grito de un hombre borracho. Después se produjo un largo y obstinado silencio. Coloqué encima de la primera hilada la segunda, la tercera y la cuarta. Y pude oír entonces las sacudidas furiosas de la cadena. El ruido se

prolongó durante varios minutos, en los cuales, para poder disfrutar con él, interrumpí mi trabajo sentándome en cuclillas sobre aquellos huesos. Cuando por fin se apaciguó el ruido de aquel rechinar, cogí de nuevo la pala y acabé sin demora alguna las quinta, sexta y séptima hileras. La pared ya estaba a la altura de mi pecho. Me detuve una vez más, y, levantando la antorcha por encima de la obra realizada, apunté la luz sobre la figura que se hallaba encerrada en el interior.

Una sucesión de fuertes y penetrantes gritos salieron de repente de la garganta de aquel hombre encadenado, que me obligaron a retroceder violentamente hacia atrás.

Por un momento vacilé y me estremecí. Desenvainé mi espada y empecé a lanzar estocadas en el interior del nicho, pero una leve reflexión bastó para tranquilizarme. Apoyé mi mano sobre la maciza muralla de piedra y respiré con satisfacción. Volví a acercarme a la pared, y contesté a los gritos de aquel que clamaba. Fui su eco, los repetí, los acompañé y los vencí en volumen e intensidad. Lo hice de esa manera, y los gritos acabaron por extinguirse.

Ya era medianoche, y mi trabajo llegaba a su fin. Había terminado las hileras octava, novena y décima. Casi había acabado la totalidad de la undécima y última, quedándome tan solo una única piedra que colocar y fijar. Luché con su peso. Solo logré colocarla parcialmente en la posición necesaria. Pero entonces salió del nicho una risa apagada que me puso todos los pelos de punta. Se trataba de un sonido tan lamentable, que me costó identificarla con la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Buena broma, amigo, excelente broma! ¡Lo que nos vamos a reír luego en el *palazzo*, ¡ja, ja, ja!, a propósito de nuestro vino! ¡Ja, ja, ja!

—¡El amontillado! —dije.

—¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero..., ¿no se nos hace tarde?

¿No estarán esperándonos en el *palazzo* mi mujer y los demás? ¡Vámonos!

—Sí —le dije—; vayámonos ya.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—Sí —dije—; ¡por el amor de Dios!

En vano esperé para obtener respuesta a mis palabras. Me impacienté y llamé en alta voz:

—¡Fortunato!

No hubo respuesta, y llamé otra vez.

—¡Fortunato!

No me contestaron. Introduje una antorcha por la abertura que quedaba y la dejé caer en el interior. Solo me contestó un tintineo de cascabeles. Sentía náuseas, sin duda causadas por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a acabar mi trabajo. Con grandes esfuerzos coloqué en su sitio la última piedra y la fijé con el mortero. Volví a alzar la antigua pila de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo, nadie los ha perturbado. *In pace requiescat!*[5]